

## LOS VIAJES ITALIANOS DEL MORO\*

Raramente las elecciones celebradas fuera de los centros imperiales tienen muchas reverberaciones internacionales. A las culturas más periféricas, marginales respecto a los grandes planes de acumulación o de diseño geopolítico, se les niega habitualmente el honor de la atención global: los acontecimientos «histórico-mundiales» suceden en otra parte. Las excepciones a esta regla tienden a probarla. De modo pertinente, pues, parecía que con una excepción podía acabar la «anomalía italiana» con la tercera victoria de Berlusconi en la primavera de 2008. No hacía tanto tiempo que el centro-izquierda «democrático», anteriormente en el poder y objeto de una aplastante derrota a manos de un vistoso grupo unido por poco más que la decisión colectiva de perseguir sus intereses particulares, había sido objeto de atención. Por el contrario, resultaba que por primera vez en la historia de la república no había partidos en el parlamento italiano que se refirieran explícitamente a las tradiciones comunista o marxista. Coronando la victoria de la derecha, o añadiendo el insulto a la injuria, destacaba el hecho de que los supuestos «refundadores» de estas tradiciones habían ellos mismos contribuido en no escasa medida a su ostracismo: votos a favor de la ocupación imperialista por parte de un partido autodeclarado partido de la «no violencia», que juega el papel de rascar en los fondos de otra época.

En sí mismo puede no haber sido un fracaso importante; pero su significado a largo plazo, tanto para la izquierda europea como internacional, se hace más evidente cuando recordamos la historia que lo ha precedido. En muchas otras culturas, el «marxismo» constituía un punto polémico de referencia definido por la distancia que proponía tomar —o que se le obligaba a tomar— respecto a la vida intelectual nacional. En la Italia de posguerra, por el contrario, asistimos a la emergencia de una galaxia de marxismos, cada uno de los cuales pugnaba por la posición hegemónica sobre una izquierda que ejercía al menos una «débil» hegemonía cultural sobre el conjunto de la sociedad.

A su vez, este rico campo de disenso inspiró a las fuerzas de la oposición alrededor del mundo, particularmente durante las décadas de los sesenta

---

\* Cristina Corradi, *Storia dei marxismi in Italia*, Roma, Manifestolibri, 2005, 438 pp.

y los setenta. Tal prestigio derivaba no sólo del lento descubrimiento del alcance del legado de Gramsci, sino también del sentido de una tradición viva que estaba avanzando; a diferencia de sus minoritarias variantes académicas presentes en otras culturas de posguerra, el marxismo en Italia parecía conservar algo más próximo a la unidad clásica de teoría y práctica. El grado con el que los debates de los últimos años de la izquierda internacional se han refractado mediante las lentes de una francofilia renovada en el mundo anglosajón puede hacernos olvidar que, en el periodo de la inmediata posguerra, esta formación político-intelectual italiana disfrutó de un rol mucho más prominente incluso en la propia Francia. Todavía en una fecha tan tardía como 1965, Althusser podía lamentar en *Pour Marx* «nuestra “miseria francesa”: la testaruda y profunda ausencia de toda cultura *teórica* real en la historia del movimiento obrero francés» comparable a la sofisticación y la radicalidad del pensamiento que él encontraba en el partido hermano del PCF más allá de los Alpes. Con la debacle de las elecciones de 2008 la dilapidación durante más de treinta años de este patrimonio parece haber alcanzado su conclusión lógica.

Publicado primero en 2005, cuando el segundo gobierno de Berlusconi se aproximaba a su fin, el libro de Cristina Corradi *Storia dei marxismi in Italia* pretende reconstruir la historia de esta cultura singular y estimular su herencia por la generación presente. Existe ya un número significativo de estudios sobre las fases del desarrollo de esta tradición intelectual, de los pensadores individuales o de las corrientes teóricas específicas. En particular, lo que podría considerarse legítimamente como la «edad de oro» del debate teórico en Italia en torno a 1900 ha recibido una amplia atención a lo largo de los años por parte de los estudiosos italianos. La vida y el pensamiento de Gramsci continúan siendo explorados, tanto en el extranjero como en la propia Italia, gracias a una nueva remesa de estudios; más recientemente la tradición del *operaismo* ha dado lugar a un buen número de investigaciones históricas y teóricas; y André Tosel ha escrito un «mapa de ruta» provisional de los proyectos teóricos dignos de tenerse en cuenta durante los últimos treinta años. El trabajo de Corradi es el primer estudio que intenta ofrecer una panorámica exhaustiva de estos diversos marxismos italianos, tanto en lo que se refiere a sus especificidades teóricas como en lo que respecta a su relativa unidad como tradición nacional, desde sus orígenes a finales del siglo XIX hasta el momento actual.

Miembro de Rifondazione Comunista y colaboradora de revistas teóricas italianas como *Critica marxista*, Corradi corona la admirable tarea de sintetizar una enorme masa de material, en su intento de proporcionar una narrativa coherente de las reflexiones teóricas inspiradas por Marx en la península de los Apeninos. El plural anunciado en el título –marxismos en vez de marxismo– sitúa correctamente el planteamiento de este trabajo, que se halla menos preocupado por identificar una pureza de continuidad genealógica que por explorar la riqueza y la diversidad de pensamiento que se han desarrollado en Italia, en relación y en ocasiones en contra de la tradición marxista ampliamente concebida.

Formalmente, el trabajo se distingue por su exhaustividad bibliográfica y el principio de exposición y evaluación «amable». Corradi no sólo reúne la totalidad de las fuentes primarias de los principales protagonistas del drama, sino que también proporciona al lector una visión panorámica de las interpretaciones más significativas y de los estudios secundarios en gran parte italianos. Su estudio revela corrientes visibles y menos visibles del pensamiento marxista en Italia muy diferentes de las que serían inmediatamente reconocibles por la audiencia anglófona contemporánea. La mera gama de los autores discutidos, muchos de los cuales no se hallan traducidos al inglés o lo están únicamente a través de selecciones deformadoras, apunta a una riqueza elaborada en las intensas culturas políticas de la anomalía italiana, lo cual contrasta netamente con la pobreza que su actual normalización recompensa y promueve. De modo similar, Corradi procede con un generoso respeto ante las posiciones de los distintos escritores, permitiéndoles que se muestren con sus propias palabras, mediante la inclusión de prolijas citas de los mismos, y preocupándose de asegurar una presentación justa de su pensamiento en sus propios términos inspirada por un refrescante espíritu no dogmático, incluso, y quizá especialmente, cuando disiente de sus propuestas político-teóricas. Tan sólo por estas razones, el trabajo de Corradi se convertirá sin duda alguna en un punto de referencia para todo estudio serio de la materia.

La tesis principal de *Storia dei marxismi in Italia*, como Corradi afirma contundentemente en su introducción, es que en Italia durante los últimos treinta años «a pesar de la difusión de una marxofobia acrílica y vulgar, el marxismo teórico ha continuado viviendo, de modo poco visible pero no obstante muy vivaz», mostrando un perfil muy contrario a las interpretaciones tradicionales. La promesa de renovaciones hasta el momento no cumplida espolea la curiosidad del lector; pero antes de llegar a una discusión de estos elementos novedosos y de su contexto histórico, merece la pena indicar el objetivo político-teórico de esta intervención. Las declinaciones de los «posmarxismos» recientes –en el sentido de no marxismo o antimarxismo– ha diferido en las distintas culturas, en ocasiones más agresivas y polémicas, en ocasiones más académicas y teóricas. La variante italiana tiene la distinción de combinar ambas: el león y el zorro de Maquiavelo fundidos en un sofisticado cinismo, cuando no desparramándose en un crudo sarcasmo.

Una figura en particular puede considerarse como la personificación de este movimiento de un modo espectacular, dado que previamente encarnó a su opuesto: Lucio Colletti. Colletti fue quien, habiendo hecho una importante contribución específica a la revitalización de la teoría marxista en Italia, finalmente declaró la incapacidad no sólo del marxismo históricamente existente sino del mismo Marx, bajo cualquier perspectiva, de proporcionar «conocimiento científico». Una política racional y eficaz debería buscar fuentes alternativas de inspiración. El renegar de Colletti se sintió de modo incluso más agudo en el círculo más amplio de la cultura marxista, precisamente porque él había sido uno de sus «mejores representantes».

Al hilo de una larga odisea desde la izquierda comunista antiestalinista a la cultura en desintegración del Partido Socialista, Colletti acabó su vida, de modo innoble, como funcionario del berlusconismo.

Corradi, en lo que podría describirse –haciéndonos eco de los textos precursores de Engels y Gramsci– como un anti Colletti, pretende argumentar contra tales declaraciones precipitadas de la muerte del marxismo debida a una supuesta incoherencia fundamental. En general, Corradi logra demostrar la existencia de formas significativas, si bien modestas, de continuidad y renovación, pero también, sin embargo, señala de qué modos el «fin» del marxismo *tout court* que Colletti pensaba prefigurar con su abandono personal no era tan novedoso o definitivo como él supuso. Observado con una cierta perspectiva histórica, puede contemplarse como una repetición coyuntural de un gesto que ha acompañado al marxismo italiano a lo largo del siglo xx desde Croce: a saber, la fundación, desautorización y posterior refundación de distintos marxismos, tanto teóricos como políticos, de una generación a la siguiente, provocadas por una profunda ansiedad de cómo trasladar el pensamiento del viejo Moro a las realidades italianas. La apuesta de Corradi es, pues, sugerir que en las actuales condiciones de amnesia histórica, una excavación en el itinerario del pasado puede ayudarnos a identificar tendencias en el presente susceptibles de ser herederas críticas de las fortalezas de esa tradición, al tiempo que se abordan las debilidades y los puntos ciegos históricos que fueron imperativamente declarados insuperables.

El trabajo se divide en tres partes, organizadas de modo básicamente cronológico. La primera sección «De Labriola a Gramsci (1895-1937)», introduce al lector en los orígenes del marxismo en la Italia posterior al Risorgimento, centrándose en particular en el papel fundamental de Antonio Labriola y los posteriores debates de principios de siglo –en los que participan Croce, Sorel, Gentile y Mondolfo entre otros– relativos al estatuto filosófico y científico de la nueva *Weltanschauung*. Corradi pone de relieve en este contexto la difícil recepción de *El capital* en el primer marxismo italiano, destinada, de acuerdo con la autora, a jugar un papel decisivo en la «sobredeterminación» de las diferentes tradiciones. (Una traducción completa del volumen I tan solo se halló disponible después de la Segunda Guerra Mundial, si bien una versión resumida había aparecido en 1886. El *Manifiesto comunista* se tradujo en 1889. Los textos divulgadores de Engels, junto con el «Prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*», fueron los vehículos fundamentales de difusión de la crítica de la economía política en lengua italiana.)

Aunque Corradi señala la relación entre teoría marxista y política socialista como el horizonte de estos debates, el lector se da cuenta rápidamente de que el núcleo del libro se halla sólidamente organizado en torno a la evolución teórica y no en torno a las organizaciones y posiciones políticas. No obstante, Corradi intenta situar esta evolución históricamente, sosteniendo que la primera «crisis del marxismo» a finales del siglo xix, como

su reiteración casi cien años más tarde, debe remitirse a la subordinación de la investigación teórica a las transformaciones acaecidas en el modo de producción, aceptando el estado de cosas existente en vez de afanarse por lograr el dominio crítico del mismo. El neoidealismo se presenta precisamente como ese tipo de retirada subalterna que ha acabado en lo que puede quizá considerarse como el primer «posmarxismo» genuino, esto es, un intento de jubilación en vez de una mera negación, materializada sobre todo en el sofisticado liberalismo «posmarxista» de Croce. Esta evolución estableció una duradera hegemonía, contra la cual los intentos posteriores de reproponer «otro marxismo italiano» tuvo continuamente necesidad de luchar. Aquí, el lector no italiano, y particularmente el anglófono, puede percibir un primer refrescante elemento poco familiar: las habituales historias catárticas de progresión teleológica del marxismo al posmarxismo tienen mucha menos pertinencia en la historia del marxismo italiano, gran parte del cual iba a aparecer doblemente tardío, como crítica de una crítica.

Corradi procede después a evaluar los *Quaderni del carcere* de Gramsci, fundamentalmente en términos del desafío que su trabajo planteó a los fundamentos teóricos de la matriz neoidealista mediante su conjugación del legado del último Lenin con la renovación de una fresca corriente labriolana. Corradi se centra aquí en la particular traducción e interpretación de Gramsci de las «Tesis sobre Feuerbach» como reivindicación de la autonomía filosófica del marxismo, correlato necesario de la autonomía política del proyecto hegemónico de las clases subalternas. Sin embargo, aunque los trabajos en la cárcel de Gramsci legaron una herencia de proporciones sin precedentes al Partido Comunista Italiano de posguerra, ésta nunca fue totalmente asumida, cuando no derrochada o despilfarrada. En realidad, un elemento digno de atención en el resto de la narración de Corradi es el grado de distancia que muchos marxismos italianos tardíos —en particular, el *operaismo*— establecieron respecto al pensador sardo, debido a su percibida asociación con la ortodoxia de un PCI que verosímilmente seguía siendo más croceano que gramsciano en sus reflejos políticos.

La segunda parte del libro cartografía el renacimiento de la teoría marxista italiana tras la caída del fascismo, desde la Liberación hasta 1989. El historicismo —de la lectura «ortodoxa» de Togliatti de Gramsci hasta Cesare Luporini y Nicola Baldoni—, el dellavolpismo —que incluye a Colletti y a Mario Rossi— y el *operaismo* —de Rainiero Panzieri a Mario Tronti, Massimo Cacciari y Antonio Negri— constituyen los tres principales paradigmas que Corradi explora en este periodo. También se refiere, no obstante, a las contribuciones de figuras disidentes particularmente significativas, como el «racionalismo crítico» del partisano Antonio Banfi o el *marxismo-leopardismo* de Sebastiano Timpanaro; a propuestas sincréticas posteriores como el «primer» neogramscismo; y a pensadores independientes no fácilmente asimilables a alguna de estas corrientes como el economista político Claudio Napoleoni.

Las figuras más importantes de este periodo serán sin embargo familiares a muchos lectores, al menos por su nombre. Es inmediatamente perceptible, no obstante, qué poco de su trabajo ha circulado internacionalmente. La fascinante evolución de Luporini del existencialismo al historicismo para llegar al estructuralismo y más allá, que alcanza un punto álgido en el clásico *Dialettica y materialismo* (1974), es un libro cerrado para el público de habla inglesa. El importante trabajo de Badaloni sobre Gramsci y *El capital* es en gran medida desconocido. Las intervenciones cruciales de Rainiero Panzieri en *Quaderni Rossi*, el militante texto de Tronti *Operari e capitale* (en ocasiones mencionado como la biblia del *operaismo*) y la exploración por parte de Cacciari del «pensamiento negativo» en *Pensiero negativo e razionalizzazione*, se hallan representados en inglés únicamente por un puñado de artículos. El voluminoso estudio de Rossi sobre los orígenes del pensamiento de Marx, de principios de la década de los sesenta, es conocido únicamente por especialistas. Para el lector contemporáneo, esta parte del libro ofrece tanto una sorpresa por la riqueza y la amplitud del pensamiento marxista en Italia durante este periodo –menos una corriente intelectual específica que una perspectiva caleidoscópica sobre el pensamiento moderno en su totalidad– como una sensación simultánea de frustración ante el fracaso de traducir una buena parte de este pensamiento en su momento, particularmente al inglés. Negada una difusión más amplia en la coyuntura de su producción, parece improbable que muchos de estos clásicos reciban la atención internacional que merecen como elementos de la herencia común de la izquierda global.

La convincente exposición de Corradi de la evolución y los conflictos que se produjeron entre estas diferentes posiciones sobre la «vía italiana al socialismo», su fértil interacción y la ausencia de reconocimiento mutuo ofrecen más razones si cabe para lamentarse por los encuentros perdidos. Si los debates, animados por la insistencia de Labriola sobre la autonomía filosófica del marxismo a finales del siglo XIX, constituyeron la «edad de oro» de la teoría marxista italiana, la coyuntura del periodo de posguerra puede quizá caracterizarse como su «edad heroica». Durante estas décadas se produjo una verdadera explosión de creatividad y energía teórica igualada en términos de productividad y complejidad por otros marxismos europeos del periodo, como la recientemente repatriada Escuela de Frankfurt, los cuales, sin embargo, se vieron superados por el carácter expansivo, la militancia y, sobre todo, la percepción de estar protagonizando una renovación consciente de una tradición, en vez de una llorosa reflexión sobre su declive.

Tal sofisticación teórica, sin embargo, no se vio acompañada por tipo alguno de falta de compromiso político. Por el contrario, como la propia Corradi indica tan sólo parcialmente, casi todos los protagonistas de esos años intensos, y no menos quienes trabajaban en la academia (siempre un ámbito directamente más politizado en Italia en cualquier caso), fueron militantes activos de organizaciones políticas que iban de la izquierda del Partido Socialista al PCI, pasando por diversos grupúsculos de una prolija extrema izquierda. Incluso las aparentemente –para un ojo extran-

jero— abstractas proposiciones como la tesis de la «autonomía de lo político» y su cultura de la *Krisis* propuesta por Tronti y Cacciari en la década de los setenta, fueron conscientemente concebidas como intervenciones político-teóricas en las disputas organizativas de aquellos años. Las retiradas políticas, desde los compromisos históricos de la década de los setenta a la implosión de la de los ochenta sin olvidar los años posteriores, sugiere Corradi, deben rastrearse en el registro de las retiradas de los intentos de elaborar coherentemente las respectivas tradiciones y de superar sus contradicciones internas. En realidad, Corradi llega a afirmar que el fracaso a la hora de frenar la marea en el ámbito intelectual e ideológico contribuyó de formas significativas a la profundidad de la posterior desintegración del conjunto de la cultura política de la izquierda italiana.

La tercera parte del libro, titulada «Evaluaciones críticas y proyectos de reconstrucción», traza los intentos de continuidad y revisión de las décadas de los ochenta y los noventa, estudiando a autores que siguen activos a fecha de hoy. Si muchos de los *dramatis personae* de las secciones anteriores son ampliamente conocidos internacionalmente, aunque con más frecuencia en la memoria histórica de una generación más vieja que como puntos de referencia actuales, no puede afirmarse lo mismo de la mayoría de los protagonistas reconstructivos contemporáneos recogidos por Corradi, los cuales serán *terra incognita* para muchos lectores no italianos. La proximidad de este periodo también significa que los juicios deben ser necesariamente más provisionales, la paja más difícil de distinguir del trigo, o las proporciones más fácilmente malinterpretadas. Aunque es posible discrepar con Corradi en cuanto a sus particulares puntos de referencia y evaluaciones, esta sección del libro presenta, sin embargo, el mérito de intentar valientemente un balance provisional del presente como punto de orientación para el futuro. En conjunto, Corradi demuestra exitosamente su tesis principal de que, al menos desde el punto de vista teórico, en neto contraste con lo que sucede en los ámbitos organizativos y políticos, éstos no han sido «años de plomo» para el marxismo italiano. Aunque en formas minoritarias, contra un entorno y unas tendencias hostiles y con frecuencia desde posiciones precarias y marginales, un número significativo de pensadores serios han intentado permanecer fieles a las tradiciones en las que se formó su pensamiento, heredándolas en forma de una autocrítica y una transformación conscientes.

Esta exposición comienza con un análisis del desarrollo del pensamiento de Negri, reconstruyendo su senda desde el *operaismo* «clásico» que desembocaría finalmente en *Impero* y sus trabajos relacionados que siguieron al libro. El hecho de que un volumen cada vez mayor de este trabajo haya sido traducido al inglés durante los últimos años contrasta notablemente con el destino de los cuasi contemporáneos de Negri, que constituyen el objeto de análisis del resto del libro. El trabajo del filósofo turinés Costanzo Preve, nacido en 1943, constituye un caso revelador. Aunque presente en otras culturas continentales, su intento de refundación del pensamiento marxista mediante una síntesis de Luckács y Althusser, con una marcada

insistencia en la antropología filosófica, todavía tiene que encontrar una recepción más amplia; su extensa bibliografía incluye obras como *Il filo di Arianna. Quindici lezioni di filosofia marxista* (1990); *Hegel, Marx, Heidegger* (1999) y *Marx inattuale. Eredità e prospettiva* (2004).

El trabajo del historiador de las ideas Domenico Losurdo, nacido en Bari en 1941, está ganando lentamente, sin embargo, el reconocimiento internacional que merece, particularmente con sus estudios fundamentales *La comunità, la morte, l'Occidente* (1991), publicado en inglés bajo el título *Heidegger and the Ideology of War. Community, Death and the West* (2001); y *Hegel e la libertà dei moderni* (1992), publicado en inglés como *Hegel and the Freedom of Moderns* (2004); su monumental biografía intelectual, *Nietzsche, il ribelle aristocratico* (2002), reseñada en la *NLR* 31, se halla ahora disponible en alemán. Losurdo propone una nueva evaluación del papel positivo del pensamiento de Hegel en el desarrollo de la tradición marxista, invitando a reconsiderar la tesis de la extinción del Estado e insistiendo en la decisiva contribución de las luchas anticoloniales a la elaboración de una teoría concretamente antiuniversalista de la emancipación. Los estudios históricos sobre Gramsci, *Antonio Gramsci dal liberalismo al «comunismo critico»*, y el neohegelianismo italiano, *Dai fratelli Spaventa a Gramsci*, ambos de 1997, se sitúan al lado de intervenciones más actuales en esta profusa obra. Entre los más recientes trabajos de Losurdo se cuentan los aclamados *Controstoria del liberalismo* (2005) e *Il linguaggio dell'Impero. Lessico dell'ideologia americana* (2007).

El núcleo de esta sección final se halla constituido, sin embargo, por la referencia a la renovación de la crítica de la economía política y la emergencia en suelo italiano, tras muchos falsos comienzos, de marxismos que podrían legítimamente afirmar que son «marxismos de *El capital*». Corradi detecta importantes elaboraciones coherentes del pensamiento de Marx en las obras de Gianfranco La Grassa (nacido en Conegliano, 1935) y su colaboradora ocasional Maria Turchetto (nacida en Belluno, 1953) y, de un modo ligeramente diferente, Riccardo Bellofiore (nacido en Arezzo en 1953). La Grassa y Turchetto, inicialmente inspirados por el momento althusseriano y el trabajo de Bettelheim, intentaron responder a la denominada «crisis del marxismo» de finales de los años setenta y los ochenta con una vuelta a las relaciones sociales de producción y al proceso de trabajo: de la circulación a la producción y a las transiciones disjuntas en las formaciones sociales que aquella determina. Los principales trabajos en esta investigación incluyen *Quale marxismo in crisi?* (1979) de La Grassa, Turchetto y Franco Soldani y el libro de La Grassa, *Il valore come astrazione del lavoro* (1980). Más recientemente, la dirección por Turchetto de la Associazione Louis Althusser ha hecho posible la publicación de una serie de estudios conjuntos que exploran la refundación del estatuto epistemológico y científico del marxismo.

El trabajo del economista político Bellofiore, por otro lado, ha pretendido demostrar cómo repensar a Marx puede responder a los desafíos de la or-



todoxia económica contemporánea; «Marx después del monetarismo» podría ser un modo de describir ese proyecto de amplio espectro, inicialmente inspirado por Napoleoni (sobre quien Bellofiore escribió un libro en 1991). Además de su función animadora en el Simposium Internacional sobre Teoría Marxista, Bellofiore es también un asiduo comentarista de la prensa de izquierda italiana y colaborador de la desaparecida *Rivista del Manifesto*. Bellofiore se ha embarcado en una detallada relectura de Marx, sometiendo los conceptos claves de la tradición *operaista* en particular a un examen crítico. Ha acometido también, sin embargo, una evaluación crítica de Sraffa –editada en un volumen aparecido en 1986– y es conocido internacionalmente por su trabajo sobre el legado de Minsky, *Financial Keynesianism and Market Instability* (dos volúmenes editados con Piero Ferri, 2001) y sobre Rosa Luxemburgo (2009). En realidad, no deja de ser curioso que de todas las figuras reseñadas en esta sección final del libro Bellofiore es quizá el autor más conocido fuera de Italia, debido tal vez al mayor grado de integración de la teoría económica en el predominante cosmopolitismo transatlántico como su *lingua franca*, en comparación con la paradójica provincialización actual de discursos como la filosofía o la historia, a pesar de sus enunciados tradicionalmente más universalistas.

El volumen concluye con una amplia consideración de la nueva lectura de Hegel y Marx por Roberto Finelli, centrada en la capacidad de una lectura renovada de *El capital* para descifrar los jeroglíficos de la modernidad. Nacido en Roma en 1945, y ahora trabajando de nuevo en esta ciudad tras un periodo pasado en el sur, la evolución intelectual de Finelli incluye no sólo estudios del joven Hegel (*Mito e critica delle forme. La giovinezza di Hegel*, 1996), Marx (*Astrazione e dialettica dal romanticismo al capitalismo*, 1987; *Un parricidio mancato*, 2004) y clásicos del marxismo occidental e italiano como Labriola, Gramsci, Della Volpe, Colletti y Althusser, sino también un dilatado compromiso con el psicoanálisis. Aunque una bibliografía semejante parecería indicar una vuelta a temas más «clásicos» del marxismo occidental, Corradi sostiene que la insistencia de Finelli en la lectura de *El capital* en términos de una dialéctica de la abstracción, en vez de la contradicción, ofrece las precondiciones teóricas para la refundación de un marxismo teórico italiano adecuado a los tiempos que corren, como una crítica de la economía política del capitalismo contemporáneo. Hay quien ha juzgado el tratamiento de su trabajo desproporcionado en comparación con el espacio dedicado a otros participantes en el actual renacimiento italiano de Marx, obscureciendo así tanto las fortalezas como las limitaciones del propio trabajo de Finelli. Aunque la insistencia final de Corradi revela una cierta toma de posición –indudablemente derivada de su previa colaboración con Finelli en la Universidad de Bari–, tiene el mérito de dotar a su conclusión con la reafirmación poderosa de su tesis inicial de que la historia del marxismo italiano debe comprenderse no sólo *à la* Colletti, en términos de su pasado agotado, sino también en términos de la capacidad de sus temas de repropoñerse en las formas nuevas de un presente no concluido.

Resulta quizá demasiado fácil identificar las limitaciones obvias de este trabajo, muchas de las cuales pueden atribuirse a las constricciones de espacio impuestas por la publicación comercial de un volumen que tiene más de 400 páginas, extensión sustancial para los estándares actuales. Sin embargo, la sorprendente naturaleza del proyecto de Corradi, como un primer intento de contemplar la historia del marxismo en Italia como un todo y hacerlo de modo pertinente, invita a discutir las limitaciones de su planteamiento en anticipación de ensayos futuros sobre la cuestión. Paradójicamente, o quizá pertinentemente, estos problemas pueden considerarse como los riesgos implícitos en las fortalezas de las principales tesis y de la organización del libro.

Una primera consideración se refiere a las premisas teóricas e históricas de la obra. Siguiendo una reciente y difundida tendencia internacional, Corradi parece en ocasiones postular un discurso «marxista» originario que debería encontrarse sobre todo en *El capital*, comprendido principalmente como una teoría social totalizante de la modernidad. Habiendo sufrido una serie de deformaciones en el curso de las repetidas traducciones acometidas a la lengua italiana, este «núcleo duro» espera la larga peregrinación hasta llegar a su punto final: una medida trascendente, que el marxismo italiano debe luchar por conseguir. Hay algo que decir a favor de esta narrativa, que opera como correctivo saludable en el seno de una cultura marxista más a menudo dada a las exageraciones «politicistas» que a la elaboración coherente de la crítica de la economía política. Corradi tiene ciertamente razón cuando pone de relieve que el *magnum opus* de Marx, lejos de hallarse asediado por contradicciones teóricas irresolubles todavía espera sus lecturas más productivas que son si cabe más urgentes en el momento presente, en un periodo de crisis económica global. Por otro lado, una historia muy distinta podría contarse hoy de estos «marxismos históricamente existentes» como experimentos situados en la impureza de la práctica política histórica. Las «fragilidades teóricas», como Corradi las denomina, de estos marxismos *sans El capital* —aunque verosímilmente mucho menos «sin» la crítica de la economía política que el marco polémico de Corradi tiende a suponer— pueden haber sido índices en sí mismas de las fortalezas relativas en otros terrenos, particularmente en los de la teoría y la organización política. A su vez, esas fortalezas ayudaron a redefinir las condiciones de lo «visible» en el propio trabajo de Marx de un modo que no ocurrió en otras tradiciones de izquierda nacionales que carecieron de tales ordalías, si juzgamos por el inusual elevado número de «variedades de marxismo» que se produjeron en este laboratorio. En cualquier caso, parece improbable que un marxismo de *El capital* tan sólo sea suficiente para resolver los callejones sin salida de la izquierda italiana; algo más relacionado con la insistencia de Gramsci en la necesidad de una política de la verdad y el coraje de un liderazgo moral y político que pareciera constituir un contrapunto a los compromisos de la cultura del oportunismo.

Una segunda consideración, que procede de la primera, se refiere a la selección de los autores y de las tradiciones tratadas, y al peso relativo acor-

dado a las mismas. Por supuesto, un proyecto de esta naturaleza y ambición necesariamente suscitará voces disidentes con grados diversos de estridencia y en este sentido ya ha sido contestado de forma firme pero con camaradería en la propia Italia. Aunque Corradi ofrece un extenso tratamiento de una amplia gama de figuras hay algunas ausencias notables, cuya inclusión podría haber dado un tono ligeramente diferente al análisis global del libro y en particular a sus conclusiones. Amadeo Bordiga es quizá la más significativa de éstas: crítico feroz del estalinismo desde el primer momento, oponente ultraizquierdista intransigente de las desviaciones parlamentarias y teórico novedoso de la tiranía del proceso de trabajo capitalista, la mención de su nombre, reveladoramente, todavía tiene la capacidad de provocar un silencio wittgensteiniano en determinadas áreas de la izquierda italiana. De modo similar, las contribuciones teóricas de las tradiciones trotskistas italianas, particularmente la de Livio Maitan, influencia formativa para muchos miembros del movimiento estudiantil italiano de la década de los sesenta, son menos prominentes de lo que se merecen. Más allá del eje central trontiano-negrino del *operaismo*, la inclusión de figuras como Mariarosa Dalla Costa\*, una fuerza animadora detrás del debate sobre el trabajo doméstico que tuvo un significativo eco internacional en la Nueva Izquierda de los años setenta, habría proporcionado una descripción más completa de la diversidad de esta corriente y de las contribuciones de una cultura socialista-feminista más amplia al desarrollo del marxismo en Italia.

En el seno o próximo a la cultura del viejo PCI, se podría desear una mayor mención de Valentino Gerratana, no sólo el asiduo editor de Gramsci sino también un teórico importante por derecho propio; o de Ludovico Geymonat, editor de una monumental *Storia del pensiero filosofico e scientifico* y autor de una nueva interpretación del materialismo dialéctico. Aún en el seno de la amplia cultura comunista, podemos lamentar la ausencia de una consideración más reposada de la contribución realizada por el grupo reunido en torno al periódico *Il Manifesto* (y previamente también a sus asociados en los debates sobre teoría política, particularmente en los años cruciales de la «crisis del marxismo» de finales de los años setenta anunciada por Althusser en una conferencia organizada por *Il Manifesto* en Venecia en noviembre de 1977. Análisis posteriores también deberían considerar tal vez las contribuciones realizadas por figuras más jóvenes, no todas ellas situadas fuera de los límites temporales del estudio de Corradi. Entre éstas se podrían incluir los estudios filológicos e históricos sobre Gramsci por figuras asociadas a la Sociedad Internacional Gramsci, entre los que podemos mencionar al filósofo Fabio Frosini y al politólogo Guido Liguori. De modo similar, los proyectos del filósofo político Massimiliano Tomba o el economista político Roberto Fineschi, que pretenden reevaluar las lecturas tradicionales italianas de Marx en función del nuevo material sacado a la luz por la *Marx-Engels Gesamtausgabe*, pa-

---

\* Véase al respecto, Mariarosa Dalla Costa, *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*, Madrid, Ediciones Akal, 2009. [N. del E.]

recerían probables candidatos que podrían ser incluidos en el estudio de Corradi; al igual que, en un ámbito distinto, lo serían las innovadoras lecturas de Spinoza y del último Althusser efectuadas por el filósofo Vittorio Morfino en la perspectiva de un materialismo histórico refundado. Por supuesto, tales listas de ausencias sintomáticas podría extenderse casi indefinidamente, dependiendo de las predisposiciones del reseñador. La precisa insistencia de Corradi en la continuidad transformadora como criterio para la inclusión en su análisis desafía, sin embargo, a tales pretendientes a que proporcionen una tradición selectiva que sería capaz de modo similar de proponerse a sí misma de nuevo en la actualidad.

Una tercera consideración, y quizá la más sustantiva limitación, procede del objeto de análisis de Corradi sobre la historia de los marxismos italianos como una tradición nacional relativamente unificada, incluso en sus divisiones internas. Las fortalezas de este planteamiento ya han sido indicadas; sin embargo, podríamos preguntarnos legítimamente: ¿qué pueden saber del marxismo italiano quienes únicamente conocen el marxismo italiano? Como demuestra de modo palmario el conjunto del análisis de este estudio, la tradición desarrolló una consciente perspectiva internacionalista desde sus orígenes y no únicamente durante el periodo de autoimpuesta subordinación del PCI a Moscú. Labriola se escribió con Engels; Gramsci, participante en los primeros debates de la Tercera Internacional, hizo su contribución a uno de los capítulos de *Literatura y revolución* de Trotsky y posteriormente, ya en prisión, devoró una lista de libros de alcance internacional; el primer *operaismo* desarrolló un diálogo con otras corrientes continentales de la izquierda antiestalinista y también, como documenta *Storming Heaven*, de Steve Wright, con las experiencias del sindicalismo norteamericano. Althusser intervino regularmente en los debates italianos; los últimos trabajos de Negri están fuertemente marcados por su contacto en el exilio con las corrientes del postestructuralismo francés; algunos teóricos *marxisants* «anglófonos» contemporáneos, como Giovanni Arrighi o Guglielmo Carchedi, comenzaron sus carreras en Italia antes de trasladarse al exterior. Con esto queremos decir que los marxismos italianos, a pesar o quizá precisamente a causa de su firme enraizamiento en un terreno nacional anómalo, estuvieron siempre fracturados en su desarrollo por el contacto con influencias extranjeras, que reflejaban en este sentido dislocaciones internas más amplias de la sociedad italiana, una de las pocas culturas continentales del siglo xx que registró completamente el impacto tanto de la inmigración como de la emigración –partidas y retornos en sentido literal y metafórico a un tiempo– sobre su vida nacional.

Un ejemplo contemporáneo de los límites teóricos de una «vía puramente italiana» a Marx podemos encontrarla, por ejemplo, en el tratamiento de Corradi de la abstracción real en la interpretación de *El capital*. Aunque Bellofiore y Finelli han hecho indudablemente avances decisivos sobre las ambigüedades y contradicciones presentes en las formulaciones de Della Volpe, Colletti y Napoleoni, parece arbitrario evaluar la coherencia de sus propuestas al margen de otras figuras contemporáneas que han trabajado

en el mismo campo y que provienen de tradiciones nacionales y políticas muy diferentes: Geert Reuten en Holanda, Chris Arthur en Gran Bretaña, o Michael Heinrich y Helmut Reichelt en Alemania. Precisamente porque comparten un conjunto común de referencias con otras numerosas corrientes radicales enraizadas en diferentes tradiciones nacionales, la evaluación de estas contribuciones italianas *como marxismos*, en los éxitos y en los fracasos de sus respectivas herencias y traiciones, podría quizá llevarse a cabo de modo exhaustivo en una óptica más expansiva.

Una cuarta consideración se refiere a la ausencia relativa de la política como tal en el tratamiento de Corradi, probablemente el elemento más desconcertante para la audiencia extranjera. A pesar del título del trabajo, y como el lector habrá ya discernido, ésta es en realidad una historia de los marxismos *teóricos* en Italia y no de aquellos marxismos en su totalidad como movimientos simultáneamente teóricos, políticos, sociales y culturales. El texto se refiere en diversos momentos a puntos de inflexión particularmente importantes en la vida política italiana, los cuales no obstante permanecen en gran medida ajenos a la exposición principal de la narrativa que se concentra más en seguir la laboriosa «marcha del concepto». Limitaciones de espacio y la delimitada naturaleza polémica del razonamiento principal pueden haber desempeñado su papel a este respecto. El cálculo razonable de que un lector italiano sería consciente de la historia política general del siglo xx pero que, dada la amplia supresión de los discursos explícitamente marxistas en las universidades italianas contemporáneas, conocería poco de estas aventuras teóricas, podría ofrecerse también como justificación de las omisiones de lo que se presumía que era obvio en favor de lo que es demasiado a menudo ignorado.

Por otro lado, la naturaleza del campo de estudio de Corradi parecería exigir un tratamiento más integral de la interacción entre política y teoría. Esto no se debe tan solo al hecho de que el marxismo en general ha pretendido algo más que conseguir la hegemonía en el aula en la que se imparten los seminarios. Se debe también a la naturaleza peculiar del desarrollo de la teoría marxista en Italia. Éste fue el país en el que el marxismo como «concepción del mundo» popular, en sentido gramsciano, se desarrolló como reacción contra un posmarxismo netamente escolástico en vez de al contrario; donde las disputas filosóficas no representaron una retirada de la política sino su continuación por otros medios; donde las fronteras entre las variantes «activistas» y «académicas» fueron más porosas si no es que se disolvieron totalmente. Las construcciones teóricas examinadas por Corradi fueron también, en parte, intervenciones en coyunturas políticas concretas en las «trincheras» de la formación social italiana. Los estudios futuros tal vez deberán evaluarlas de una forma más inmanente en términos de cómo respondieron a las demandas de su tiempo como formas complejas de práctica teórico-política.

Siguiendo el principio de exposición amistosa de Corradi, sin embargo, otra lectura más generosa de las dimensiones políticas de este estudio es

posible. Al analizar el papel directamente político que la marginalización de la galaxia de los marxismos italianos jugó en la normalización de la excepción italiana, la autora señala irónicamente que «una historia a medida [*storia a disegno*] ha sido escrita para el marxismo italiano, una historia orientada hacia la crisis final que incluso prefiguraría la caída del socialismo real». Una supuesta debilidad teórica fue postulada –por supuesto retrospectivamente– como esencia corrupta y determinante de un fracaso histórico; su «aparición» en 1989 podía presentarse entonces como la confirmación de un ciclo completado definitivamente. Al pretender recuperar la historia real de este movimiento en su contingencia y sus fragilidades, los esfuerzos de Corradi plantean un desafío a las modas teóricas que encarnan las operaciones ideológicas dirigidas no sólo contra la teoría marxista sino contra el conjunto de la izquierda actual. Condenada a la repetición necesaria de su debilidad fundacional, el rechazo del *statu quo* únicamente puede figurar en esta narrativa como el residuo nostálgico de un mundo prediluviano ahora irremediablemente perdido, en sentido estricto, como ahistórico. Insistiendo en que «finales» muy diferentes se encuentran en esos comienzos, este estudio restaura algo de la apertura de la historia real, más allá de su cierre conveniente.

En este sentido, finalmente, el estudio de Corradi puede considerarse representativo de una tendencia reciente más general hacia lo que podría describirse como un «marxismo postoccidental» marxista entre una generación más joven de intelectuales políticos europeos. Con frecuencia excluidos de los puestos universitarios (como la propia Corradi) y ampliamente ignorados por el consenso intelectual transatlántico reinante, estos investigadores han identificado la exploración histórica e intelectual de las fortalezas y debilidades de la tradición que desciende de Marx como uno de los modos en los que podríamos ganar un punto crítico privilegiado sobre el conjunto del presente. La excavación crítica del pasado no es, por supuesto, «refundación»; la *rettende Kritik* [crítica recuperadora] benjaminiana no proporciona garantías de una futura reconstrucción programática combativa. Dada la riqueza del material que Corradi ha descubierto, sin embargo, y su pericia a la hora de presentarlo de un modo sintético para una nueva generación, no deberíamos quizá infravalorar el grado en que tal modo histórico puede proporcionar todavía recursos para resistir el devenir futuro del presente.